



*«Del corazón
de Cristo al
corazón del
mundo»*

(Jn 7, 37-38)

**Itinerario para la Formación
Permanente del Clero**

Trienio 2025-2028

Diócesis de Jaén

© Diócesis de Jaén
Obispado de Jaén
Plaza Santa María, 1
Noviembre 2025

Contenido

Presentación de nuestro Obispo.....	5
Introducción	13
Itinerario Trienio 2025-2028	16
Clero joven	16
Clero Intermedio	20
Clero Veterano	23
Clero Mayor	26

Presentación de nuestro Obispo ***“Identidad, estructura y fraternidad”***

El presente texto se ofrece como anexo al *Plan de Animación para la Formación Permanente del Clero* de la Diócesis de Jaén (2023), en continuidad con el itinerario diocesano del trienio 2023/25. Pretende iluminar y acompañar el camino de los sacerdotes de nuestra Iglesia diocesana en la tercera etapa de este proceso formativo, que abarca el trienio 2025/28, bajo la guía del Espíritu Santo y en comunión con el Obispo.



La formación permanente no es un añadido a la vida sacerdotal, sino su pulso vital. Así lo recordaba el Plan diocesano: la formación debe ser integral, progresiva, comunitaria y misionera, ayudando a cada presbítero a vivir su vocación con plenitud en las cuatro dimensiones de su vida: humana, espiritual, intelectual y pastoral. El presente itinerario sigue buscando traducir ese marco en un trabajo concreto por edades y realidades vitales, respetando el momento vocacional de cada sacerdote y fortaleciendo la comunión presbiteral.

Como subraya el Papa León XIV, “la alegría del sacerdote nace de su amistad con Cristo” (*Yo los llamo amigos*, Jn 15,15). De esa amistad brota el sentido de identidad, la armonía interior y la comunión fraterna que este itinerario desea promover.

1. El riesgo de perder la identidad sacerdotal

Toda renovación de la vida sacerdotal comienza con la vuelta a la **fuentes de la identidad**. No somos gestores ni funcionarios de lo sagrado; somos hombres llamados, consagrados y enviados. En un tiempo marcado por el activismo y la dispersión, el sacerdote necesita redescubrir quién es, para quién vive y desde quién sirve.

Vivimos en un mundo que constantemente nos dispersa y nos invita a definirnos por lo que hacemos, por la eficacia o por la valoración de los demás. Y a veces nos pasa lo mismo en el ministerio: corremos de un lado a otro, asumimos muchas tareas, pero olvidamos lo más profundo: quién soy yo ante el Señor, cuál es mi identidad más verdadera. No somos gestores, ni funcionarios de lo sagrado, ni simples animadores sociales. Somos pastores según el corazón de Cristo, configurados con Él, enviados para anunciar el Evangelio, celebrar los sacramentos y guiar a la comunidad. Cuando olvidamos esta raíz, nos invade el cansancio, la sensación de vacío y la frustración. Hoy os animo a redescubrir con alegría nuestra identidad: somos sacerdotes de Jesucristo, elegidos, ungidos y enviados para ser presencia viva de su amor en medio del pueblo santo de Dios.

Nuestra identidad hunde sus raíces en el misterio de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote. En Él encontramos la razón de ser de nuestro ministerio y la fuente de toda fecundidad apostólica. «El sacerdote —recordaba León XIV en la homilía de ordenaciones (Jubileo de los sacerdotes, 27 de junio de 2025) — no se pertenece a sí mismo: es un don que Cristo hace a su pueblo. Cada día debe redescubrir la gracia de haber sido llamado a ser signo de su presencia y transparencia de su amor».

Vivir desde esta identidad no es encerrarse en una idea abstracta del sacerdocio, sino encarnarla en la historia concreta que nos toca vivir: en nuestras parroquias, con nuestras gentes, en las alegrías y fatigas de cada día. Es ahí donde se demuestra si somos pastores configurados con Cristo o simples operarios.

El *Plan de Animación para la Formación Permanente del Clero* nos recuerda que la identidad sacerdotal «no se improvisa», sino que se madura a lo largo de toda la vida. Por eso, la formación no termina con la ordenación, sino que nos acompaña en el crecimiento humano y espiritual, en la fidelidad pastoral y en el servicio a la comunión eclesial.

«Sacerdotes felices —decía el Papa— no porque todo les salga bien, sino porque en todo permanecen unidos a Cristo y a su pueblo». La alegría de sabernos amados y enviados sostiene nuestra esperanza y da sentido a nuestras renunciaciones.

2. La dificultad de estructurar nuestra vida sin rompernos

El segundo pilar de este itinerario es la **estructura**: la necesidad de ordenar la vida desde Cristo. El sacerdote, como

discípulo misionero, necesita una estructura interior que le permita conjugar oración, estudio, fraternidad, descanso y entrega pastoral. Cuando esa estructura se resquebraja, sobrevienen el cansancio y la desorientación.

Por tanto, otro desafío que todos conocemos es la falta de equilibrio en nuestra vida. Vivimos muchas veces a un ritmo acelerado, con agendas llenas, con la presión de responder a todo, y terminamos sintiéndonos desgastados, desbordados y fragmentados.

Necesitamos aprender a estructurar nuestra vida: redescubrir el valor de la oración personal y comunitaria como fuente de todo lo demás; reservar tiempos de descanso y de fraternidad, porque un pastor agotado no puede cuidar con alegría a su pueblo; priorizar lo esencial —el encuentro con Cristo y el servicio a los hermanos—; y aprender a delegar, a trabajar en equipo, a confiar en los laicos y en los ministerios que el Espíritu suscita en la Iglesia. No se trata de añadir más tareas, sino de ordenar nuestra vida desde Cristo, para no rompernos ni perder el sentido.

León XIV, en su *Mensaje a los sacerdotes con ocasión de la Jornada de la Santificación Sacerdotal*, nos invitaba a cuidar la vida interior con ternura y realismo: «No se trata de ser héroes solitarios, sino hombres que dejan que el Corazón de Cristo respire en ellos. Solo así la fatiga se transforma en ofrenda, y el cansancio en intercesión». El sacerdote que vive desde una estructura interior ordenada puede ser verdaderamente libre. Sabe discernir, sabe delegar, sabe confiar.

En esta línea, el *Plan de Animación* propone la formación como un proceso pedagógico permanente: una «estructura de crecimiento» que ayuda al presbítero a mantener el equilibrio entre la acción y la contemplación, entre la exigencia pastoral y el cuidado de sí mismo.

Estructurar la vida es también reconocer límites, aprender a descansar, cultivar la amistad y mantener vivo el deseo de Dios. Solo un corazón ordenado puede sostener a los demás y transmitir serenidad al Pueblo de Dios.

3. Vivir la comunión diocesana en fraternidad

El tercer elemento de este itinerario es la **fraternidad sacerdotal**. El sacerdote no camina solo: forma parte de un presbiterio que, unido a su Obispo, es signo visible de la unidad de la Iglesia. Por eso, toda formación auténtica tiene una dimensión comunitaria. Nadie se forma a solas; nos formamos unos con otros, unos para otros y unos por otros.

Nuestra fuerza no está en las iniciativas individuales, sino en la comunión que nos une como presbiterio. La fraternidad sacerdotal no es un lujo opcional, ni un empeño del Obispo: es una necesidad vital. Ninguno puede caminar solo. Necesitamos apoyarnos, escucharnos, rezar juntos, compartir lo que somos y lo que tenemos.

Esa fraternidad se traduce también en un trabajo conjunto y coordinado: no cada uno en su parroquia como una isla, sino como parte de un cuerpo vivo que es nuestra diócesis. Es la misma viña, cada uno tiene la responsabilidad de una parcela, pero al

final uno es el amo de la viña y toda la viña es de Él; por tanto, somos corresponsables los unos de los otros, de lo uno y de lo otro. Y nuestra recompensa también será fruto de la producción del todo. Y aquí entra en juego nuestro Plan Pastoral Diocesano: no es un papel más, sino el instrumento concreto que nos ayuda a caminar unidos, con objetivos claros y con la alegría de remar todos en la misma dirección.

La comunión se construye en lo pequeño: en la fraternidad compartida, en la escucha, en la corresponsabilidad y en el perdón mutuo. «El sacerdote —afirma León XIV— es servidor de la unidad: está llamado a tejer relaciones, a reconciliar, a sostener y a alentar».

El *Plan de Animación para la Formación Permanente del Clero* insiste en que «la comunión presbiteral es condición de eficacia evangelizadora». Por eso, el trabajo por edades no solo busca ofrecer tanto contenidos de tipo académico o intelectual, sino sobre todo **fortalecer los lazos de fraternidad sacerdotal** y favorecer el acompañamiento mutuo.

En este sentido, el itinerario 2025/28 se inserta también en el contexto diocesano del Plan Pastoral «*El Espíritu Santo y nosotros*» (Hch 15,28), que nos invita a vivir la **corresponsabilidad y el liderazgo evangélico** como un estilo de comunión misionera. El sacerdote, en comunión con su Obispo y con sus hermanos, se convierte en testigo creíble del Evangelio. Y cuando la comunión se hace vida, la Iglesia crece en esperanza.

Conclusión. Una llamada a la esperanza

Estamos en el Año Jubilar de la Esperanza. Y nuestra Iglesia de Jaén necesita pastores que contagien esperanza, que se apoyen en el Espíritu Santo y que hagan de su vida un testimonio de fidelidad alegre. Por eso, hoy quiero invitaros a reavivar vuestra identidad sacerdotal en Cristo, a estructurar la vida con sabiduría —poniendo en el centro la oración, la fraternidad y el servicio— y a creer en la fuerza de la comunión diocesana y en la riqueza de caminar juntos.

La vida sacerdotal es un camino de amistad con Cristo, de fidelidad al pueblo y de comunión fraterna. Este itinerario no pretende imponer un programa más, sino ofrecer un marco de acompañamiento y renovación interior para cada presbítero de la Diócesis de Jaén.

En tiempos recios, Dios nos llama a vivir con alegría el don recibido, a mantener la mirada fija en Jesús y a servir con corazón indiviso. Como recordaba León XIV en su homilía de ordenaciones: «Un sacerdote santo hace florecer la santidad a su alrededor. No porque sea perfecto, sino porque deja que Cristo viva en él».

Esa es la meta: dejar que Cristo viva en nosotros, para que nuestra vida —en comunión con los hermanos— sea un signo de esperanza para la Iglesia y para el mundo.

✠ *Sebastián Chico Martínez*
Obispo de Jaén

Introducción

El sacerdocio ministerial es un don precioso para la Iglesia y para el mundo. A través de la vida y el ministerio de cada presbítero, Cristo Buen Pastor permanece en medio de su pueblo, anunciando su Palabra, celebrando los sacramentos, consolando a los que sufren y conduciendo a sus hijos por caminos de vida eterna. El sacerdote es signo vivo del amor de Cristo Esposo por su Iglesia y testigo de la misericordia de Dios que busca, salva y acompaña a cada persona. Esta vocación, nacida de la llamada gratuita de Dios, ha de ser cuidada, cultivada y fortalecida a lo largo de toda la existencia, para que pueda dar frutos de fidelidad, alegría y entrega generosa, como recuerda la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* (cf. RFIS 80-84).

El Congreso de Vocaciones celebrado en Madrid, el pasado mes de febrero, bajo el lema «¿Para quién soy?», puso de relieve que toda vocación solo se entiende en clave de don y de misión: nadie vive para sí mismo, sino para los demás. Ahora bien, para que la entrega sacerdotal sea fecunda y duradera, la vocación necesita cuidado. Solo quien cultiva con esmero el don recibido y se deja acompañar puede mantenerse disponible y generoso. El cuidado de la vocación no es algo accesorio, sino la condición ineludible que permite vivir la misión sin agotarse, perseverar en la fidelidad y ofrecer con gozo la propia vida.

Con este objetivo concreto en el año 2022 nuestra diócesis puso en marcha un *Plan de Animación para la Formación Permanente*, elaborado con la colaboración de todo el presbiterio y de diversos especialistas en el acompañamiento a sacerdotes. Con el lema

«Crecer como pastores para un mejor servicio al pueblo santo de Dios», este plan ofreció un marco común para orientar nuestro crecimiento en las dimensiones espiritual, pastoral, humana y teológica. Ha sido un instrumento valioso para cuidar la vida sacerdotal y para fortalecer la vivencia fraterna de la misión.

Al concluir el primer trienio de este plan (2022-2025) hemos querido abrir un espacio para la reflexión conjunta. La encuesta realizada al presbiterio delinea un horizonte realista y exigente: contamos con un clero fiel, generoso y entregado, que sostiene con esfuerzo la misión, pero que experimenta también el riesgo de cansancio, desgaste y aislamiento.

Desde estas claves, el nuevo itinerario de formación permanente para el trienio 2025-2028 quiere centrar su mirada en el cuidado integral del sacerdote: dejarse cuidar por Dios, Buen Samaritano de nuestras vidas, y por los hermanos en el presbiterio para poder cuidar, en su nombre, al pueblo que se nos confía.

El nuevo plan busca atender de manera concreta a todas las dimensiones de la vida del presbítero: la salud psicológica y afectiva, la prevención del agotamiento, el acompañamiento espiritual, la vivencia gozosa del celibato y la atención a las fragilidades. Al mismo tiempo, se resalta la necesidad de fortalecer la fraternidad presbiteral. Ningún sacerdote puede vivir en soledad su vocación. Convivencias, encuentros por edades, retiros y oración compartida son medios privilegiados para renovar la certeza de caminar juntos y de sostenernos mutuamente.

La formación teológica, el discernimiento pastoral y la corresponsabilidad en la misión completan este horizonte. Nuestra sociedad, compleja y cambiante, reclama pastores

capaces de leer los signos de los tiempos y de acompañar con realismo y esperanza. No basta con resistir: estamos llamados a mirar unidos los retos de la diócesis y afrontarlos con creatividad y comunión.

El lema elegido para este nuevo trienio lo expresa con hondura: «Del corazón de Cristo al corazón del mundo». Beber en la fuente de su amor, que sana las heridas del camino y nuestras fragilidades, dejarnos transformar por Él y así convertirnos en cauces de su gracia. Solo un corazón unido al de Cristo puede sostenerse en la fidelidad, superar el cansancio y mantener cada día más viva la alegría del don recibido. A ello se dirige el temario que, a continuación, ofrecemos para las convivencias sacerdotales por edades en el próximo trienio.

Hemos de volver una y otra vez al Corazón de Cristo, y hemos de hacerlo también como presbiterio. Allí encontramos la frescura del primer amor, la fuerza para no desanimarnos y la luz para servir mejor al pueblo santo de Dios. Ese corazón nos mira con amor, nos acoge en el abrigo de su costado y nos dice hoy una vez más: «Te basta mi gracia porque mi fuerza se realiza en tu debilidad» (2Cor 12,9).

Itinerario Trienio 2025-2028

■ Clero joven

El clero joven, compuesto por los sacerdotes que llevan menos de diez años de ordenación, vive una etapa decisiva de incorporación plena al ministerio. Es un tiempo de primera asimilación del sacerdocio, en el que la formación recibida en el seminario debe prolongarse y madurarse para que la identidad presbiteral arraigue de forma sólida (Congregación para el Clero, *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis. El don de la vocación presbiteral*, 2016, n. 82; Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 1992, n. 76).

Se trata de un periodo marcado por la **ilusión y el entusiasmo**. Los nuevos presbíteros se entregan a su tarea con intensidad y con altas expectativas, confiando en que su ministerio será un camino fecundo de realización personal y de servicio generoso al pueblo de Dios. Este idealismo inicial, tan propio de los comienzos, puede sin embargo chocar con las **limitaciones de la vida pastoral**, los frutos que no siempre llegan al ritmo esperado y las dificultades propias de toda labor eclesial.

En estos primeros años, la **identidad sacerdotal está todavía en construcción**. El joven presbítero busca interiorizar el don recibido, asimilar el estilo de vida propio de su vocación y encarnar en su día a día la configuración con Cristo Pastor. En este proceso,

no es raro que aparezcan **momentos de soledad y hasta tendencia al aislamiento** del resto del presbiterio.

Otro rasgo característico de esta etapa es la **tensión entre la acción pastoral y la vida espiritual**. Las exigencias pastorales del momento, la escasez de vocaciones y el deseo de servir con generosidad puede llevar a un ritmo intenso que, si no se cuida, dificulta mantener la unidad de vida y la profundidad en la oración. Por eso, los jóvenes sacerdotes necesitan espacios de formación, de retiro y de acompañamiento fraterno, que les ayuden a equilibrar la actividad con la contemplación.

Es también un **tiempo de especial vulnerabilidad**. Las presiones externas, las frustraciones o el desgaste emocional pueden dar lugar a crisis vocacionales o a tentaciones de replantearse el camino. Sin embargo, junto a estos retos, la mayoría de los presbíteros jóvenes experimentan una satisfacción profunda con su vocación y un fuerte sentido de fidelidad a la llamada recibida.

En muchos casos, en estas nuevas generaciones de sacerdotes aparece la necesidad de incentivar el compromiso social con los más pobres y la implicación en las actividades diocesanas.

Curso 2025/2026 – «Llamados a beber en las fuentes de nuestra vocación»

Objetivo: Consolidar la identidad sacerdotal desde la comunión eclesial y la visión misionera, integrando el cuidado humano y espiritual como garantía de un ministerio fecundo.

1. La salud psicológica y afectiva del sacerdote. Prevención del agotamiento y cuidado integral.

2. Construir fraternidad: el sacerdote como hombre de comunión
3. El sacerdote al servicio del Evangelio: superar la burocracia y el funcionalismo
4. Vivir el ministerio desde la entrega generosa y el sentido redentor de la cruz

Curso 2026/2027 – «Servir con corazón de pastor»

Objetivo: Aprender a vivir el ministerio acompañado, buscando sacerdotes de referencia que sostengan y orienten en el camino, de modo que se cultive la madurez afectiva, la vida espiritual y la apertura misionera en comunión fraterna.

1. La acción pastoral límites y posibilidades
2. El acompañamiento espiritual: dejarnos acompañar
3. El celibato sacerdotal: vivir la consagración como fuente de madurez afectiva
4. Salir a las periferias: cuidar la misión desde la cercanía a los más frágiles

Curso 2027/2028 – «Fidelidad y misión»

Objetivo: Fortalecer la perseverancia vocacional cuidando la vida personal y espiritual, afrontando las fragilidades con esperanza y viviendo la misión como testigos de eternidad.

1. Las adicciones: afrontar la fragilidad y cuidar la libertad interior.
2. Sostener la fidelidad en medio del cansancio y la rutina
3. El ministerio de la reconciliación: acompañar y sanar como camino de cuidado pastoral
4. Vivir con esperanza: el sacerdote como testigo de eternidad en medio de la fragilidad humana

■ Clero intermedio

El clero intermedio comprende a los sacerdotes que tienen entre los 35 y los 60 años de edad. Es una etapa de **madurez ministerial**, en la que el sacerdote ha superado los desafíos de la incorporación inicial y ha consolidado su estilo de vida y su identidad presbiteral. En estos años, la experiencia acumulada, la práctica en las responsabilidades y el conocimiento profundo de la realidad pastoral le permiten ejercer un liderazgo más sólido y asumir tareas de mayor envergadura dentro de la diócesis (cf. Congregación para el Clero, *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis. El don de la vocación presbiteral*, 2016, nn. 83-84).

Sin embargo, este tiempo no está exento de riesgos. La rutina pastoral, la sobrecarga de tareas ante la sequía vocacional, la presión constante para responder a múltiples frentes y la falta de espacios de renovación pueden llevar al **cansancio crónico** e incluso al **síndrome de burnout**, con síntomas como el agotamiento emocional, la pérdida de ilusión o la disminución del compromiso pastoral. Estos signos de desgaste, si no se atienden, pueden derivar en una vivencia más burocrática que vocacional del ministerio o incluso en eventuales crisis.

Es el momento de **redescubrir el sentido vocacional original** y de alimentar el celo pastoral con la frescura del Evangelio. El sacerdote de esta etapa necesita reforzar la unidad entre acción y contemplación, cuidando la salud física, emocional y espiritual, y reavivando su pasión por la misión. También es tiempo de profundizar en la fraternidad sacerdotal, de implicarse en el acompañamiento de los más jóvenes y de ejercitar un liderazgo que construya comunión y favorezca la corresponsabilidad en la vida de la Iglesia.

Asimismo, esta fase vital es propicia para la **maduración afectiva y la integración plena del celibato** como don y estilo de vida, para el cultivo de la magnanimidad y para una lectura serena y agradecida de los frutos ya cosechados. Es, finalmente, un tiempo de esperanza, de proyección y de preparación para la etapa final del ministerio, afianzando la fidelidad hasta el final.

Curso 2025/2026 – «Venid a mí los que estáis cansados y agobiados»

Objetivo: Cuidar la vida personal y ministerial para prevenir el desgaste, recuperar la alegría del servicio y redescubrir la motivación original del sacerdocio.

1. Arder sin quemarse: prevenir el síndrome de burnout en el sacerdote.
2. Redescubrir la alegría del ministerio: vivir con entusiasmo el anuncio del Evangelio

Curso 2026/2027 – «La gracia que fortalece la debilidad»

Objetivo: Fortalecer la vida espiritual como fuente del ministerio, afrontando con realismo las fragilidades personales y cultivando la unidad interior en medio de múltiples responsabilidades.

1. Relaciones pastorales: vínculos que cuidan y límites que protegen.
2. El sacerdote, hombre de la Eucaristía: fuente de unidad y fortaleza en medio de la fragilidad

Curso 2027/2028 – «Pastores que sirven»

Objetivo: Ejercer un liderazgo pastoral que construya comunión, cuide la fraternidad sacerdotal y prepare a otros para la misión.

1. Vivir y construir la comunión sacerdotal
2. El sacerdote, acompañante del laico

■ Clero veterano

El clero veterano agrupa a los sacerdotes que están tienen entre los 60 y los 75 años de edad. Es la etapa en la que la experiencia, la sabiduría pastoral y la profundidad espiritual alcanzadas son un tesoro para toda la Iglesia. Son presbíteros que han recorrido un largo camino, han acompañado generaciones de fieles y han sostenido comunidades en múltiples circunstancias. Su vida es, habitualmente, un testimonio silencioso de fidelidad y entrega.

En estos años, el sacerdote está llamado a vivir la madurez en su vocación con gratitud, sabiendo integrar luces y sombras, éxitos y fracasos. Es un tiempo para fortalecer la esperanza, para seguir aprendiendo con corazón abierto y para transmitir a los más jóvenes el legado de la fe y del ministerio.

No obstante, esta etapa presenta también desafíos propios: la **disminución de las fuerzas físicas**, la posible pérdida de protagonismo pastoral, la tentación del desánimo o la sensación de que «ya no se es necesario». En algunos casos, las limitaciones de salud o el peso de las responsabilidades acumuladas pueden generar cansancio profundo o soledad.

Por eso, es fundamental cuidar la vida espiritual, mantener viva la pasión por el Evangelio y encontrar nuevas formas de servicio adaptadas a la realidad personal. El clero veterano tiene una capacidad única de ser **maestro de vida y testigo de esperanza**, acompañando procesos, ofreciendo consejo y sosteniendo con su oración la misión de la Iglesia.

Esta etapa es también un tiempo privilegiado para ejercer un liderazgo de **comunión y corresponsabilidad**, favoreciendo la unidad del presbiterio y acompañando a los laicos y a los

presbíteros más jóvenes en el discernimiento de la misión. Su experiencia les convierte en puentes que unen generaciones y en garantes de la continuidad y la fidelidad de la Iglesia.

Curso 2025/2026 – «Cuidar la esperanza»

Objetivo: Afrontar con serenidad el cansancio y cuidar la salud integral, descubriendo nuevas formas de fecundidad pastoral en corresponsabilidad con los laicos.

Temas propuestos:

1. Cansancio y gestión del estrés: cuidar la salud integral en el ministerio.
2. Acompañar a los laicos: compartir responsabilidades para sostener la misión

Curso 2026/2027 – «Sanar y sostener desde la misericordia»

Objetivo: Integrar las luces y sombras del propio camino, ejercitar la misericordia personal y pastoral y fortalecer la comunión como servicio en esta etapa de madurez.

1. El ministerio de la reconciliación: camino de sanación personal y pastoral
2. Cuidar la fraternidad: el sacerdote como constructor de comunión en la Iglesia

Curso 2027/2028 – «Sembradores de futuro»

Objetivo: Acompañar y formar a las nuevas generaciones, transmitiendo la fe, la experiencia y el sentido de corresponsabilidad con espíritu de comunión y alegría.

1. La tarea de formar discípulos misioneros
2. La fraternidad como horizonte presbiteral y pastoral

■ Clero mayor

El clero mayor lo integran los sacerdotes que, por edad o estado de salud, están en situación de jubilación canónica y ya han reducido significativamente su actividad pastoral. Es una etapa marcada por la **sabiduría serena**, fruto de toda una vida entregada al ministerio, y por una profunda identificación con Cristo Buen Pastor. Son presbíteros que han visto transformarse la Iglesia, han vivido cambios sociales y culturales profundos, y han sostenido comunidades en tiempos de gozo y en momentos de prueba.

Esta etapa trae consigo **desafíos específicos**: la disminución de las fuerzas físicas, la aceptación de limitaciones, el paso de responsabilidades a otros, y el riesgo de la soledad o del equivoco sentimiento de inutilidad. Sin embargo, también ofrece una oportunidad única para vivir el ministerio desde la **dimensión contemplativa**, con más tiempo para la oración, la escucha y el acompañamiento personal.

El clero mayor está llamado a ser **memoria viva** de la comunidad, guardián de la tradición y referente espiritual para las nuevas generaciones. Su palabra tiene peso, no tanto por el cargo que ostenta, sino por la autoridad moral de su vida. Esta etapa invita a **cosechar con gratitud** lo sembrado, reconciliar las heridas del camino y prepararse con esperanza para el encuentro definitivo con el Señor, participando plenamente en la comunión de los santos.

En este tiempo, el testimonio silencioso y la oración perseverante son un servicio pastoral insustituible, pues sostienen espiritualmente la misión de toda la diócesis. Aun con

limitaciones, estos sacerdotes siguen siendo pastores, llamados a **alimentar la esperanza, bendecir y acompañar hasta el final.**

Curso 2026/2027 – «La fuerza de la mansedumbre»

Objetivo: Profundizar en la humildad y la vida interior como cimientos para un ministerio que, desde la sencillez y el silencio, sigue dando fruto abundante.

1. La humildad como plenitud del ministerio sacerdotal
2. El sacerdote y el silencio interior

Curso 2027/2028 – «La alegría de la siembra cumplida»

Objetivo: Vivir con gratitud y esperanza la etapa final del ministerio, acogiendo la misión de sostener y animar a la comunidad con la propia experiencia de vida y con un corazón abierto a la caridad pastoral.

1. Caminar en fidelidad hasta el final
2. El sacerdote y la caridad

Curso 2025/2026 – «Hasta el último aliento»

Objetivo: Mantener viva la configuración con Cristo en el tramo final de la vida, fortaleciendo la esperanza y la entrega en medio de las limitaciones.

1. Participar en la cruz de Cristo hasta el final
2. El sacerdote, testigo de eternidad

